Miércoles, 05 de diciembre 2012

# El consumo de la Democracia

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/12/consuming-democracy.html

Durante casi un año, mis críticas en el informe del Archidruida se han centrado en la naturaleza, progreso e inminente caída del imperio global de los Estados Unidos. Ha sido un largo camino y, como suele ocurrir, se ha desviado a veces en direcciones inesperadas. Aún así, tal como yo lo veo, hemos cubierto todas las cuestiones básicas, excepto una, que es la cuestión de lo que puede y debe hacerse cuando se tambalea el imperio estadounidense encaminándose a su fin.

Los lectores habituales ya sabrán que no se va a ser responder a esta cuestión con un grandioso plan para la recuperación, la sustitución, la transformación o el desmantelamiento del imperio de Estados Unidos; la clase de plan que es tan popular entre los activistas de ambos lados de la cada vez más irrelevante política, la clase de proyecto que se limita a exigir a todos aquellos que tienen poder político y económico que se lo entreguen dócilmente a cierta camarilla de ideólogos no elegidos por nadie, para que ésta pueda volver a aprender (de la manera más difícil) que las personas no son como ángeles no importa qué conjunto de teorías se les aplique. Al mismo tiempo, hay opciones que siguen abiertas para los estadounidenses (y otros) en una era de decadencia imperial; tenemos más opciones, a menos que elijamos precisamente esa, la de refugiarnos en nuestros sótanos hasta dejen de caer los escombros.

Eso sí, hay por lo menos dos cosas que ninguna acción —tuya, mía, o de cualquiera— podrá cambiar porque están soldadas nuestro futuro cercano con total firmeza. La primera es que el imperio global de Estados Unidos caerá; la segunda es que los que lo gobiernan no va a dejarlo caer sin luchar. El gobierno de Estados Unidos y la alianza suelta y fraccionada de centros de poder están claramente dispuestos a tomar el camino de Gran Bretaña, y aceptar el fin del imperio a cambio de una desintegración imperial mínimamente traumática. A juzgar por toda la evidencia disponible actualmente, se van a aferrar a los jirones de poder imperial —y a la riqueza y el privilegio que aquel conlleva— hasta que el último de esos fragmentos les sea arrancado de sus frías manos muertas. Parece una baladronada común, pero vale la pena recordar que siempre llega el momento en que esos dedos pálidos y rígidos terminan por soltar los jirones del poder.

Estos dos hechos concretos, la inminencia de la caída imperial y la negativa del orden existente a aceptarla, imponen ciertas consecuencias en las décadas futuras. Algunas de las consecuencias más evidentes son de índole económica. El nivel de vida norteamericano, como he señalado más de una vez, se ha mantenido en su actual nivel francamente absurdo gracias a una economía que canaliza gran parte de la riqueza del mundo hacia los Estados Unidos. Hemos escuchado todas las autocomplacientes tonterías que insisten en que la prosperidad de esta nación es un producto del ingenio americano o de lo que sea, pero por favor, seamos realistas; nada de lo que hacen los estadounidenses —es decir, nada que no sea el mantenimiento de tropas en más de 140 países y el bombardeo de las naciones que mean fuera del tiesto— justifica el hecho de que el cinco por ciento de la humanidad utilice una cuarta parte de la energía del planeta y un tercio de sus recursos naturales y productos industriales.

Con el fin de nuestro imperio, ese gran desequilibrio va a desaparecer para siempre. Es tan simple como eso. En el futuro que ya nos alcanza, los estadounidenses tendrán que acostumbrarse a vivir como no hace tanto lo hacían nuestros antepasados, con una fracción mucho menor de la riqueza mundial. Van a tener que hacerlo (por favor, recuérdalo) en un momento en que el agotamiento (de los combustibles fósiles y otros recursos no renovables) y la destrucción continua del medio ambiente, están reduciendo de manera cada vez más clara la cantidad total de la riqueza existente para distribuir. Eso significa que todo lo que se considera como el estilo de vida común de los EE.UU. de hoy va a desaparecer en unas décadas. También significa que mis lectores estadounidenses, por no hablar de los demás, van a ser mucho más pobres cuando llegue el velatorio del imperio de lo que hoy lo son.

Ese es un tema ya discutido varias veces, pero es tan importante que vale la pena repetirlo. Con demasiada frecuencia, muchos de los planes en el extremo verde de la cultura alternativa encubierta de

los EE.UU. asumen que seguiremos disponiendo de riqueza, tanta como hasta ahora. Las ecoaldeas, esos botes salvavidas tan queridos por los preppers de esa subcultura, así como los satélites solares y parques de biodiesel de algas que surgen en los sueños de los cornucopianos verdes, presuponen que habrá capital inicial, recursos, mano de obra, y el resto de requisitos necesarios para proyectos de este tipo.

El fin del imperio estadounidense significa que eso no va a pasar. A juzgar por los ejemplos anteriores, cualquier imperio global que vaya a reemplazar al nuestro tardará décadas en conseguir que la bomba de la riqueza funcione a toda velocidad para inundar a su propia economía con un torrente de riqueza inmerecida. Con la disminución de la riqueza global debida al agotamiento de recursos y a la perturbación del medio ambiente, el tipo de grandes proyectos estadounidenses previstos en los días de gloria de nuestro imperio no será más que un borroso recuerdo que se desvanece. Por lo tanto no vamos a tener satélites solares ni biodiesel de algas, y si aparecen las ecoaldeas, se parecerán mucho más a la cabaña de San Benito en Montecassino que a las Levittowns[1] ecológicas que se suelen proponer estos días. Al desmoronarse los sistemas naturales que sustentan la civilización industrial, las sociedades industriales perderán la capacidad de lograr nada más allá de la mera supervivencia y quizás ni eso.

Ese es el aspecto de nuestro futuro económico. Mis lectores más atentos habrán notado, sin embargo, que eso dice poco sobre la forma de nuestro futuro político, y que hay que hablar de esta última. Una de las lecciones de la historia es que pueblos con sistemas económicos casi idénticos pueden tener instituciones políticas radicalmente diferentes, con grandes variaciones en cuanto a sus libertades civiles e influencia en las decisiones que afectan sus vidas. Por lo tanto es razonable, y creo que necesario, hablar de los factores que ayudarán a definir la dimensión política de los Estados Unidos postimperiales, en particular, las posibilidades o perspectivas de la democracia tras el colapso imperial.

Hay al menos dos grandes barreras para ese importante debate. La primera es la noción extraña y generalizada de la palabra "democracia" -o, si se quiere, "democracia real". Se aplica a un sistema político en el que las personas, de alguna manera, no hacen las cosas que harían en otro sistema político, tales como aprovechar ventajas injustas de diversos tipos para influir en el proceso político. Vamos a empezar con el ejemplo obvio. ¿Con qué frecuencia, querido lector, has oído a un experto o a un manifestante presentar los términos “fraude electoral”, por ejemplo, o “soborno de funcionarios públicos” en contraposición a la "democracia real"?

Sin embargo, la verdadera democracia, es decir, el tipo de democracia puede existir en el mundo real, siempre está plagada de corrupción. Si le das a la gente el derecho a disponer de su voto como deseen, después de todo, un buen número de ellos directamente quiere vender ese voto al mejor postor siempre que las leyes locales lo permitan. Si le das a los funcionarios públicos la responsabilidad de tomar decisiones, un buen número de ellos decidirá en función de su propio beneficio privado. Si le das a los votantes el derecho de elegir los funcionarios públicos y das a los candidatos la oportunidad de convencer al público para que los elijan, es seguro que un buen número de sinvergüenzas probablemente serán elegidos para el puesto, porque eso es lo que la gente va a elegir. Y es algo que no se puede evitar sin abandonar por completo la democracia.

Por supuesto que también hay una minoría significativa de personas que reaccionan a los problemas inherentes a la democracia insistiendo en que debe abandonarse la democracia por completo, para sustituirla con algún otro sistema que nos presentan de forma conveniente y adecuada, de color de rosa, —generalmente, aunque no siempre, algo parecido a lo ya referido antes, en el que una cuadrilla no elegida de ideólogos termina diciendo a los demás lo que hay que hacer—. La afirmación de que algunos de estos proyectos proporcionarán un mejor gobierno que las democracias, sin embargo, se ha puesto a prueba más veces de las que puedo contar, y falla constantemente. Winston Churchill tenía

---

[1] N. del T. Levittown es el nombre de cuatro grandes desarrollos suburbanos creados en los Estados Unidos de América por William Levitt y su compañía Levitt & Sons .Construidos después de la Segunda Guerra Mundial para alojar a veteranos y sus familias, las comunidades ofrecían alternativas atractivas a los atestados centros en las ciudades. Él y otros constructores fueron contratados por la Administración de Veteranos y la Administración Federal de Vivienda (FHA) para que los veteranos de guerra pudieran recibir una vivienda por una fracción de los costes del alquiler. La producción fue realizada en serie y para producir miles de viviendas similares o idénticas con facilidad y rapidez, lo que permitió una rápida recuperación de los costes. Las casas venían de serie con una cerca blanca, jardín y grandes electrodomésticos. Las ventas de la Levittown original comenzaron en marzo de 1947, y 1.400 casas fueron adquiridas en las primeras tres horas. (https://en.wikipedia.org/wiki/Levittown )

mucha razón cuando dijo que la democracia es el peor sistema posible de gobierno, a excepción de todos los demás; lo que significa que la democracia no es ninguna maravilla, pero todas las demás opciones han demostrado, en la práctica, ser mucho peores.

Pero ahora, además, la democracia tiene otra ventaja importante: no requiere la complicada infraestructura de una sociedad industrial. La actual Constitución de los Estados Unidos se adoptó en un momento en que las fábricas más tecnológicamente sofisticadas del país se movían gracias a palas de madera en cursos de agua, y los presidentes juraban su cargo el 4 de marzo para darles tiempo suficiente a llegar a caballo a Washington por caminos embarrados en invierno. (La fecha no se trasladó al 20 de enero hasta 1933). EE.UU. seguía siendo cualquier cosa menos industrializada en la década de 1820, la década en que comenzaron las alegres transformaciones que transformaron una república aristocrática, donde sólo los ricos podían votar, en modelos que contaban cada vez más con la ciudadanía . En el futuro des-industrial, cuando la economía y los niveles de vida puedan parecerse a los de la década de 1790 o de 1820 mucho más que a los niveles de hoy, esa misma constitución estará como pez en el agua, y podría decirse que funcionará mejor que lo ha hecho desde que la economía del tributo imperial comenzó a inundar el país de riqueza inmerecida.

Sólo hay un problema con esta perspectiva que parece muy atractiva, y es que la democracia estadounidense en este momento está casi en las últimas. Un gran número de personas son conscientes de este hecho, pero la mayoría le echa la culpa a maquinaciones de algunos “supervillanos” de la elite del mal o de cualquier otro tipo. Por muy popular que sea esta idea, me gustaría sugerir que es falsa. Por supuesto que hay un montón de gente codiciosa y con alto consumo de energía en posición de riqueza e influencia. Por lo general, la gente no consigue riquezas e influencia a menos que tengan un claro deseo de riqueza e influencia, y "tener un deseo de riqueza e influencia" es simplemente una forma elegante de decir que son "codiciosos y hambrientos de poder". Todo sistema político y económico, especialmente los que dicen estar movidos únicamente por los más altos ideales, atrae a codiciosos y hambrientos de poder. Los sistemas políticos que funcionan, por definición, son capaces de hacer frente al hábito perenne del ser humano de tratar de obtener riqueza y poder que no se han ganado por sí mismos. La pregunta que hay que hacerse es por qué nuestra sociedad está fallando en evitar que esto suceda en el presente.

La respuesta nos va a requerir el examen de algunos de los hábitos más profundamente arraigados en el pensamiento popular, así que vayamos por partes.

Podemos definir la democracia, por el bien de la discusión actual, como una forma de gobierno en la que los ciudadanos comunes son capaces de influir de una forma significativa sobre las personas y las políticas que afectan a sus vidas. Esa influencia, la capacidad efectiva de los ciudadanos para hacer oír sus voces en los pasillos del poder es algo fluido y complejo. En la mayoría de las democracias contemporáneas, se ejerce principalmente a través de elecciones en las que los dirigentes pueden ser depuestos de sus cargos y reemplazados por alguna otra persona. En una democracia más o menos sana, ese es un control eficaz; siempre hay otras personas con la caña lista para pescar cualquier dependencia, ya sea presidente o guardián de la perrera municipal, y un burócrata que quiere aferrarse a su oficina necesita mirar hacia atrás constantemente por encima del hombro para asegurarse de que los ciudadanos no están lo suficientemente irritados con él como para darle su apoyo a uno de sus rivales.

Toda la estrategia de la protesta política depende de la amenaza de la próxima elección. ¿Por qué le importa a nadie que un grupo de activistas agarre pancartas y se manifieste por la calle principal, o por el Mall en Washington DC? Llevar pancartas y gritar consignas puede ser un buen ejercicio aeróbico, pero eso es todo; no tiene ningún efecto sobre el proceso político a menos que contenga un mensaje significativo para los políticos o para las personas. Cuando el asunto es una protesta, el mensaje a los políticos es contundente: "Esto nos importa lo suficiente como para salir a la calle, y eso debería importarle también a usted si se quiere nuestros votos el próximo noviembre". El mensaje para la gente es menos directo pero igual de contundente: "Todas estas personas están preocupadas por este problema; si te preocupa, no estás solo; si no te preocupa, deberías aprender más sobre el asunto ", y el resultado, de nuevo, tiene como finalidad influir en las urnas en las próximas elecciones.

Te darás cuenta de que la estrategia de protesta por sí misma no significa nada a menos que los manifestantes tengan los medios, el motivo y la oportunidad de llevar estos dos mensajes hasta sus últimas consecuencias. Los políticos tienen que ser convencidos con buenas razones de que ignorando a los manifestantes podrían de hecho perder sus cargos; la gente necesita que le den buenas razones para pensar que los manifestantes hablan por una fracción significativa de la ciudadanía y que vale la pena escuchar sus preocupaciones. Repito, si estos mensajes no existen, la protesta es sólo un ejercicio aeróbico.

Y esa es la razón de que la protesta en Estados Unidos ha llegado a ser tan ineficaz en nuestros días. Tal vez, querido lector, fuiste a Washington DC en algún momento de la última década para unirte a una marcha de protesta para tratar de presionar al gobierno de Estados Unidos para que se hiciera algo sobre el calentamiento global. Si el presidente en ese momento era un demócrata, sabía que no tenía que prestar la menor atención a la marcha, por masiva y fuerte que fuera; sabía perfectamente que podía pasar por alto todos los temas que te interesan, romper todas las promesas y plagiar todas las políticas más odiadas del anterior ocupante de la Casa Blanca sin el menor riesgo político para él mismo. Todo lo que tenía que hacer al llegar la época de las elecciones era lanzar una onda de miedo (ante la llegada de los republicanos), y tú le volverías a votar de todos modos. Si el presidente era republicano, por el contrario, sabía con absoluta certeza que, hiciese lo que hiciese, no ibas a votarle, y podía hacer caso omiso con la misma tranquilidad.

Es más, fuese del partido que fuese, el presidente tenía una idea muy aproximada de cuántos de los manifestantes al terminar la marcha volverían a sus casas en sus flamantes deportivos, a seguir con su estilo de vida de voraz consumo de carbono; ese presidente sabía muy bien que si de verdad querías cambiar los estilos de vida —por ejemplo, permitiendo un aumento del precio de la gasolina hasta niveles europeos— la mayoría de ellos renegarían de sus ideales en un instante y se volverían contra él gritando de indignación; sabría que una llamada telefónica a la Secretaría de Energía le recordaría que cualquier respuesta significativa al cambio climático necesitaría medidas como dejar que el precio del gas aumentase a niveles europeos. El presidente sabría perfectamente bien, en otras palabras, que la mayoría de los manifestantes en realidad no querían que el presidente hiciera lo que supuestamente le reclamaban hacer; querían sentirse bien haciendo algo para salvar a la Tierra, pero no querían soportar ninguno de los inconvenientes de un movimiento real en esa dirección. Así, el asistir a una marcha de protesta les ofrecía una manera fácil de disfrutar de un planeta y de zampárselo también.

Es justo decir que la misma lógica se aplica con igual fuerza, aplicada al otro partido. Querido lector, si la marcha de protesta a la que asististe fue en apoyo de alguna causa supuestamente conservadora —que para empezar no era nada conservadora en realidad, pues la pequeña minoría de conservadores auténticos en este país hace décadas que fue excluida del debate político, pero eso es un tema para otro post— el hombre de la Casa Blanca no tendría más razones para preocuparse por tus opiniones de lo que tenía que preocuparse por la protesta liberal de la semana anterior. Si el presidente era republicano, sabía que podía pasar por alto tus preocupaciones y olvidar sus promesas de campaña, pues tú le votarías de todos modos si te azuza con el miedo a los demócratas. Si era demócrata, sabía que tú votarías en su contra de todos modos. También tendría una idea muy aproximada de cuántos de los que estaban ahí fuera denunciando el abuso de drogas, ondeando pancartas pro-vida y exaltando los valores familiares eran capaces de encontrar excusas para justificar el arresto por drogas de Rush Limbaugh[2], o cuántos habían pagado el aborto de sus amantes adolescentes que mantienen a escondidas de sus esposas.

¿Quiere esto decir que las marchas de protesta son una pérdida de tiempo? De ningún modo. Tampoco significa que cualquiera del resto de medios legítimos de ejercer presión sobre los políticos sean inútiles. El problema no está en esas medidas; es la ausencia de algo más lo que hace que pierdan su fuerza.

---

[2] N. del T. Rush Hudson Limbaugh III (nacido el 12 de enero de 1951) es un locutor de radio y comentarista político conservador estadounidense. Es partidario de la pena de muerte, ha hecho declaraciones descaradamente racistas, es partidario del endurecimiento de las penas por tráfico y consumo de drogas, afirma que no hay evidencias científicas del calentamiento global antropogénico, critica el feminismo, hizo chanzas con el maltrato a los prisioneros en Abu Ghraib, etc. En un reportaje que apareció en una portada de 1993 la revista National Review lo llamó "El Líder de la Oposición" durante la administración Clinton. Fue investigado en 2003 por obtener recetas ilegales de oxicodona, pero parece ser que se libró por ser quien es. Fuente: https://en.wikipedia.org/wiki/Rush_Limbaugh

Ese algo más se discutió en un artículo anterior en esta serie: la organización política de base. Ahí es de donde proviene el poder político en una sociedad democrática, y sin ella, todas las marchas, las peticiones y la retórica apasionada del mundo no son más que ruido vacío. Durante la mayor parte de la historia de EE.UU., la forma habitual de entrar en política era el involucrarse en un partido político a nivel local y empezar mover las palancas que, con tiempo y trabajo duro, podrían terminar cambiando la política del país en uno u otro sentido. En estos días, ambos partidos se han corrompido tan a fondo para convertirse en instrumentos de manipulación trabajando a favor de lobbies y grupos de presión que intentar que vuelvan a ser instrumentos útiles es casi con seguridad una pérdida de tiempo. Al mismo tiempo, el hecho de que la política de Estados Unidos no está dominado actualmente por los Federalistas y Whigs[3] demuestra que incluso una cultura con fortísima tradición de bipartidismo, puede evolucionar y sustituir un partido por otro, siempre que el nuevo partido que aparece se tome el tiempo necesario para aprender lo que funciona, y luego lo hace.

El asunto que trato de exponer aquí se puede enunciar de una manera aún más contundente. Las marchas de protesta, así como campañas de cartas y otros medios de ejercer presión sobre los políticos, no tienen poder por sí mismos; su efecto depende de la promesa implícita de que los políticos tendrán que rendir cuentas de sus decisiones cuando llegue el tiempo de elecciones, y que la promesa depende, a su vez, de la existencia de una organización política de base lo suficientemente fuerte como para cambiar el resultado de las urnas. Es decir, que es la organización de base lo que construye la democracia; las protestas y otras formas de presionar a los políticos son simplemente maneras de consumir democracia, y cuando todo el mundo quiere consumir un producto pero nadie se toma la molestia ni el tiempo de producirlo, tarde o temprano, se llega a la escasez.

Tenemos una grave y creciente escasez de democracia en Estados Unidos. En el post de la semana que viene, voy a hablar de algunas de las cosas que serán necesarias para aumentar la oferta.

---

[3] N. del T. El Partido Federalista y el Partido Republicano (Whigs) fueron la primera expresión del bipartidismo en EE.UU.. Los federalistas estaban liderados por Alexander Hamilton y se identificaban con los intereses de la región más urbana y comercial del país, el noreste. Éstos proponían el desarrollo de los Estados Unidos como un país manufacturero y comercial, por lo que defendían la creación de un banco nacional, el pago de la deuda nacional y el cobro de aranceles a los productos importados. A nivel internacional, los federalistas veían con recelo los eventos de la Revolución Francesa y no escondían sus simpatías por Gran Bretaña. Los republicanos estaban liderados por Thomas Jefferson y representaban los intereses del sur esclavista y agrario. Éstos favorecían el desarrollo de una economía agrícola de pequeños propietarios y se oponían a los aranceles y a la creación de un banco nacional porque creían que afectarían los intereses de los ciudadanos comunes. A nivel internacional, Jefferson y sus seguidores simpatizaban con la Francia revolucionaria y manifestaban una actitud claramente anti-británica.
Estos dos partidos se enfrentaron por primera vez en las elecciones de 1796. Los federalistas resultaron victoriosos, ganando la mayoría del Congreso y eligiendo a John Adams como el segundo presidente de los Estados Unidos.